

Algunos jóvenes virtuosos en la Segunda parte del *Quijote*: la literatura y la “verdad de la historia”

Guillermo Serés
(Universidad Autónoma de Barcelona)

Lo extraordinario y la “común naturaleza”

El llorado Anthony Close (2007, 162) ya subrayó

la revolucionaria síntesis de comicidad con temas serios en la segunda parte de *Don Quijote*, un resultado que es consecuencia directa de su intento de unir la concepción tradicional de los episodios con su noción de “la verdad de la historia”.

Porque, así como los episodios de la Primera parte cumplían la función característica de ser “adorno virtuoso, cuento agradablemente entretenido, paréntesis elegante y moralista”; los de la Segunda ofrecen una variada muestra de la vida de la época, de la “verdad de la historia”, donde los temas novelescos alternan y se combinan con motivos documentales, “el enfoque pintoresco con el de la sátira moral, la política con la ética y la religión, todo ello diseñado para provocar la reflexión de los héroes, así como el afloramiento de sus idiosincrasias particulares” (*Ibidem*).

En la Segunda parte, como consecuencia de dicha alternancia, Cervantes acompaña las situaciones estrictamente cómicas con otras reflexivas, satíricas y graves;¹ éstas las encarnan mayoritariamente algunos jóvenes virtuosos; en el sentido literal de representantes de la *virtus* (‘valor, audacia, coraje’). Unos jóvenes que se caracterizan especialmente por ser testigos, o gestores, de ordinarias “menudencias” y de hechos extraordinarios, a la vez o consecutivamente. Por ejemplo, el ordinario, natural e “histórico” caso del paje que va la guerra (II, 24) convive, y contrasta, con el extraordinario y artificioso de Basilio en el episodio de las bodas de Camacho (II, 21). Por no citar el caso del bachiller Sansón Carrasco, cuya extraordinaria gestión es harto conocida. Son personajes que transitan de la eventual anormalidad a la normalidad, del asombro a la reflexión, porque en este punto Cervantes propicia la simultaneidad, o coordinación, de la ficción y la “verdad de la historia”; de lo extraordinario y lo anodino o menudo, porque

real y verdaderamente, todos los que gustan de semejantes historias como ésta deben de mostrarse agradecidos a Cide Hamete, su autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos las semínimas della, sin dejar cosa, por menuda que fuese, que no la sacase a luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde a las tácitas, aclara las dudas, resuelve los argumentos; finalmente, los átomos del más curioso deseo manifiesta. (*DQ* II, 40)

¹ Ello es así, entre otras cosas, porque en esta Segunda parte también son discretos Don Quijote y Sancho, no son ya meros payasos o mamarrachos; “se transforman en locos discretos, ya enchufados y centro de todo lo que les rodea”. Wicks 243, apuntaba que la obra de Cervantes “is a good example of mixture. Structurally it combines the character novel and the panoramic novel; modally it mixes the romantic quest, the picaresque journey through a tricky world, the tragic and the sentimental, the comic and the satiric [...]. All previous fictional traditions –the epic, romance, pastoral, satire, picaresque– are filtered through it”. Cf. Frenk 30.

Estamos ante una concepción del relato que es más o menos acorde con la conformidad al “trato que pide la común naturaleza” que defiende el canónigo en I, 49, porque Cervantes “se esfuerza conscientemente en contener lo extraordinario dentro de los límites de lo que él llama ‘la común naturaleza’; [...] se ocupa de confrontar a su héroe y al género en que se inspira con las manifestaciones más comunes, no necesariamente más degradadas, de esa ‘común naturaleza’”.² De modo que convivan la ficción literaria con la normalidad, el valor heroico y el cotidiano; “mutatis mutandis”, lo literario con lo “real”.³

La gravedad de algunos jóvenes

Esta misma asociación, convivencia y alternancia de lo sublime y lo menudo, lo histórico y lo novelesco,⁴ supone que en esta Segunda parte no haya, como se ha dicho ocasionalmente, personajes o capítulos “de transición”,⁵ sino que todo lo narrado tiene relevancia, pues, por ejemplo, los jóvenes Lorenzo Miranda (II, 16-18), Basilio (II, 21) y el paje que va a alistarse, de II, 24, (o sea, la poesía, el amor y la guerra) son los límites “graves” que enmarcan el oscilante argumento, sin dar los bandazos de la interpolación episódica, como en la Primera parte, ni caer en la pura comicidad o presencia de lo ridículo que hubiera podido ser la Segunda. Vale decir: aquellos temas están ingeniosamente intercalados y muy bien encarnados por otros tantos jóvenes a los que admira y respeta don Quijote, pues los defiende, o intenta defender, a capa y espada (nunca mejor dicho), respectivamente, de la prepotencia paterna (del padre Diego Miranda), la opulencia ofensiva (de Camacho) y la contingencia o necesidad (de la sociedad estamental de la que huye el paje); son el “contrapeso” de la comicidad estricta, al decir de Close. La nómina se puede ampliar con los jóvenes actores (II, 11), que representan los valores del teatro; con el joven bachiller Sansón Carrasco (II, 12-15), que razona sobre la lectura de la ficción; con el joven estudiante (II, 19), que arguye con el ingenio en la esgrima y en las artes en general; o, mucho más tarde, con la joven Ana Félix (II, 63), no menos pragmática y resolutiva que Basilio, que se las ingeniará para ser perdonada delante de don Quijote, que asiste *tacite* a la inteligente defensa de la hija de Ricote.

² Close 2007, 196-197. Más adelante señala que Cervantes “mantiene esta oscilación entre lo paródico caballeresco y las ‘menudencias’ prosaicas, con tendencia en la Segunda parte a poner mayor énfasis en la segunda y, de forma simultánea, a tratar lo primero en clave de elegante parodia heroica más que con tono degradante” (198).

³ Conviene no confundirlo con el realismo al uso, pues como señala con razón Iglesias Feijoo 248-249, el riesgo de “aplicar automáticamente el horizonte mental y crítico de los últimos doscientos años a todas las creaciones artísticas anteriores, con lo que se las tergiversa, se las malinterpreta y, en definitiva, se las ignora”, pues eran obras “que no buscaban reflejar la vida cotidiana ni lograr personajes de compleja profundidad psicológica”; también conviene tener en cuenta a López Grigera 138-139, que apunta con acierto que “no era la imitación directa de la realidad, ni como ideal ni como procedimiento, sino que se trataba ni más ni menos que del uso de varios recursos combinados de la retórica clásica y renacentista”.

⁴ “Cervantes, sin renunciar a esa degradación, endémica a la comicidad aristofánica de la época, consigue atenuar su extremismo, acercándola a la experiencia familiar y cotidiana” (Close 2007, 197). Hasta tal punto es así, que se da una “asociación anárquica de diversos tipos de representación literaria: picaresca, pastoril, burlesca, trágica y mítica, sobre un único plano de representación pseudo-histórico” (Close 2007, 200). De esta “simultaneidad” estética, en relación con la narrativa de Lope, se ocupó Forradellas y yo mismo en Serés 2013.

⁵ “Desde el punto de vista temático, sin embargo, los capítulos son independientes aunque lo que se pretenda demostrar es la idea de que no hay hilos rotos en la narrativa cervantina, ni siquiera en sus intersticios aun cuando aparentemente están en escena meras conversaciones fortuitas” (Vieira 561-562).

Todos estos representantes de la juventud ofrecen alternativas vitales que contrastan con el desengaño, hastío y resignación del viejo Durandarte (II, 23) o con los ideales ajados del mismo don Quijote; con todos aquellos jóvenes se puede tener una conversación,⁶ con todos se puede reflexionar. Todos ellos, asimismo, tienen rasgos positivos, virtuosos, incluso admirables; todos, a su modo, se dan cuenta de que don Quijote no está en sus cabales (algunos lo habrán leído), pero no se niegan a conversar civilmente con él de temas elevados y de “menudencias”. Todos tienen una parte extraordinaria (vocación poética, pericia, ingenio, valentía), sin dejar de lado lo común u ordinario. Todos forman parte de los llamados “personajes de transición”, pero no por ello son menos importantes, sino que representan lo mejor de aquella “verdad de la historia”, de la “común naturaleza” (I, 49), y sirven para que don Quijote muestre su carácter reflexivo, su discreción y, en suma, su ingenio para los asuntos graves, existenciales o históricamente relevantes. Que estén situados, respectivamente, antes y después del descenso a la cueva de Montesinos (II, 23) es significativo, porque antes y después del crucial episodio, don Quijote se encuentra y habla especialmente con dos de aquellos jóvenes “ingeniosos”: un pastor atípico y un potencial milite, o sea, Basilio y el joven “bisoño” innominado que va a la guerra, ante los que don Quijote se muestra especialmente respetuoso por motivos diferentes y diferenciados. Los dos buscan soluciones (el matrimonio “in extremis” y la guerra, respectivamente) a la dificultad de alcanzar el amor y a la inutilidad de la caballería en aquellos tiempos, que, causalmente, son los dos grandes motivos del progresivo escepticismo de don Quijote a lo largo de esta Segunda parte.

El artificio de Basilio

De Basilio don Quijote respeta y admira la *militia amoris*,⁷ porque en determinadas circunstancias los dos conceptos se equiparan:

Don Quijote a grandes voces decía:

—Teneos, señores, teneos, que no es razón toméis venganza de los agravios que el amor nos hace, y advertid que el amor y la guerra son una misma cosa, y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardid y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonor de la cosa amada. Quiteria era de Basilio, y Basilio de Quiteria, por justa y favorable disposición de los cielos. Camacho es rico y podrá comprar su gusto cuando, donde y como quisiere. Basilio no tiene más desta oveja, y no se la ha de quitar alguno, por poderoso que sea, que

⁶ Entendiendo como conversación “un amplio repertorio de buen sentido común, de verdades morales, de sabiduría antigua y repetible con un sesgo preciso en lo que atañe a la dirección estratégica del discurso – ahora determinada, sectorial, incluso técnica–, hacia la conversación, que puede ser ‘civil’ siempre y dondequiera, como especie de la más amplia ‘forma de vida’, representación de su ‘gracia’ universal” (Quondam 67). Está pensando Quondam en *La civil conversazione* de Guazzo, donde se explica que “la conversación es el lugar por excelencia de la práctica cotidiana de las relaciones cortesanas, [...] lugar e instrumento, pues de la ‘sprezzatura’, de disimulación del arte y la *fática* de un trabajo. [...] Y ‘conversación civil’ no quiere decir otra cosa que conversación ‘honesta, loable y virtuosa’” (Quondam, 259). Véanse también Vieira y Canavaggio; en general, Gómez.

⁷ “L’omologazione dell’amore e della guerra alla stregua di strategie ‘tecniche’ ci svela un don Chisciotte, quanto, prima, commosso dinanzi all’apparente scena di morte, altrettanto, ora, decisamente conquistato dall’abilità di Basilio. L’inclinazione amorosa è data dal cielo, e della volontà del cielo don Chisciotte si fa interprete e garante, pur non disdegnando di adottare la formula del rito cattolico” (Martinengo 129).

a los dos que Dios junta no podrá separar el hombre, y el que lo intentare, primero ha de pasar por la punta desta lanza.

Y en esto la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos los que no le conocían. Y tan intensamente se fijó en la imaginación de Camacho el desdén de Quiteria, que se la borró de la memoria en un instante. (II, 21)

No se trata de que *omnia vincit amor*, sino de que la valentía y el ingenio de Basilio le dan un carácter extraordinario al pobre pastor enamorado,⁸ que, por la combinación de aquellas características, resulta ser una mezcla del serrano tipo de las recién publicadas *Soledades* (vv. 182-1901) gongorinas⁹ y del pastor bucólico virgiliano, muy alejado de la superficialidad amorosa de Camacho.¹⁰ Un pastor “auténtico”,¹¹ aquilatado por la antífrasis de la previa y clara parodia cervantina del estilo pastoril convencional,¹² que enmarca el episodio:

Apenas la blanca aurora había dado lugar a que el luciente Febo con el ardor de sus calientes rayos las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, cuando don Quijote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pie y llamó a su escudero Sancho, que aún todavía roncaba. (II, 20)

Autenticidad del serrano que también contrasta vivamente con los posteriores y poco virtuosos de la “fingida Arcadia” (II, 58), no sólo porque Basilio no quiere participar en tan fingidas bodas, sino también porque se vuelve a casa estoicamente, *omnia bona secum*:

Consolado, pues, y pacífico Camacho y los de su mesnada, todos los de la de Basilio se sosegaron, y el rico Camacho, por mostrar que no sentía la burla ni la estimaba en nada, quiso que las fiestas pasasen adelante como si realmente se

⁸ Lo anuncia el previo duelo: “The victory or art over force in the duel, and the implied impossibility of union between Camacho and Quiteria in the dance. In these intrusions of story (*lo artificioso*) on history (*lo natural*) we could see how the ‘Bodas de Camacho’ should end. Basilio’s act of *industria*, the final intrusión of *artifice* in the episode, does in fact effect this proper conclusion” (Sinnigen 169). O sea, el duelo es una suerte de prolepsis del “industrioso” final; parece confirmarlo Bulgin 55: “The duel is to some extent emblematic of the conflicts dramatized in Chapters 20 and 21, since the man who will lose to Basilio’s trickery also has some virtues to commend him”; pero “as is true of the tales of Grisóstomo and Cardenio, the *Bodas* episode does not so much denounce romantic love as it does the excesses of romantic love. At the same time, we should not assume that all rich men are scoundrels” (Bulgin 63).

⁹ Comparando con las *Soledades* de Góngora, señala Hatzfeld 91, que “each of our authors starts with his hero’s leaving a host who sheltered him. Don Quijote just has taken leave from Don Diego de Miranda; the peregrino is being shown the way by the shepherd in whose cottage he spent the night. [...] Don Quijote encounters two students and two peasants from the bride’s village, the peregrino is crossed on his way by hunters, *serranas*, *montañeses* with wedding gifts, and kinsfolk of the bride”.

¹⁰ “Camacho, con el consentimiento del padre, ha convertido a Quiteria en mercancía, en exposición de la riqueza. De ahí que sean muy apropiadas las comparaciones de Sancho como ‘chapada moza’ y palmera datilera. Así, pues, siguiendo nuestra interpretación, no nos extraña la pasiva reacción de Camacho ante la pérdida de Quiteria después de la burla de Basilio” (Vivar 2002 101). “Camacho muestra su falta de carácter al no poner resistencia a la pérdida de Quiteria. Por el contrario, Basilio y los suyos se marchan al pueblo. [...] Camacho y Trimalción [del *Satiricón*, de Petronio] no tienen amigos, sólo lisonjeros que les acompañan para disfrutar de la riqueza” (Vivar 2005 71). Alude Vivar a que Cervantes no es un autor estrictamente satírico, sino que “aunque aparezca muy diluida, apreciamos una forma, un tono y un juicio moral a través de la exageración del banquete y del ridículo a que es sometido el rico por la burla de Basilio” (72).

¹¹ En la senda de los que describe Forcione, al señalar que el episodio es “una de las últimas variantes cómicas cervantinas sobre la obsesión pastoril amor-muerte” (1024).

¹² Lerner; Serés 2000.

desposara; pero no quisieron asistir a ellas Basilio ni su esposa ni secuaces, y, así, se fueron a la aldea de Basilio, que también los pobres virtuosos y discretos tienen quien los siga, honre y ampare como los ricos tienen quien los lisonjee y acompañe. (II, 21)

Basilio tiene quien le siga porque, como su nombre indica, es el rey de la astucia y de la inteligencia, potenciadas por el amor.¹³ La suya es la historia del pastor enamorado cuyas habilidades (“bienes de naturaleza”) están más cerca de los pastores toscos (saltar, correr, tocar la guitarra....) que de los bucólicos, a los que, sin embargo, se asimila por las consecuencias del desdén de Quiteria, cuyo aparente desamor le provoca la postración, lo vuelve melancólico, o sea, le añade la dignidad de aquel pastor y amante bucólico:

De todo no me queda más que decir sino que desde el punto que Basilio supo que la hermosa Quiteria se casaba con Camacho el rico, nunca más le han visto reír ni hablar razón concertada, y siempre anda pensativo y triste, hablando entre sí mismo, con que da ciertas y claras señales de que se le ha vuelto el juicio: come poco y duerme poco, y lo que come son frutas, y en lo que duerme, si duerme, es en el campo, sobre la dura tierra, como animal bruto; mira de cuando en cuando al cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra, con tal embelesamiento, que no parece sino estatua vestida que el aire le mueve la ropa. En fin, él da tales muestras de tener apasionado el corazón, que tememos todos los que le conocemos que el dar el sí mañana la hermosa Quiteria ha de ser la sentencia de su muerte. (II, 19)

El matrimonio *in articulo mortis* (Bataillon), la victoria sobre la degradada o antinatural pastoril de Camacho, el ingenio del engaño a los ojos,¹⁴ le prestan un aura que, como anunciaba, lo hace admirable a ojos de don Quijote,¹⁵ que lo defiende de todas todas. No a los de Sancho, cuyo concepto del mundo a estas alturas, aquilatado por su constante indigencia, le impide aceptar la victoria “moral” de Basilio y sus “habilidades”:

¹³ “Il propósito dell’autore si rivela su almeno tre piani distinti: Basilio riesca, grazie all’*industria*, [...] ma soprattutto grazie ad un’incalzante capacità di persuasione, a capovolgere la situazione a suo favore, ottenendo la mano della sua bella, [...] don Chisciotte, galvanizzato dalla perfetta riuscita del piano escogitato dal ragazzo innamorato, passi dall’atteggiamento dello spettatore critico e distaccato – testimoniato dall’antefatto– a un intervento attivo e anche pugnace, [...] a livello autoriale, è dato constatare come Cervantes, di fronte ad una materia nel secolo XVII complessa e controversa come quell’*amore* e del matrimonio, sappia orchestrare un’iridescente dialettica di posizioni e sfumature diverse, inserita in una cornice significativamente marcata” (Martinengo 133).

¹⁴ El engaño a los ojos aquí es muy funcional; El Saffar 113, describe a Basilio notando que “like Master Peter, Basilio has learned to transform desire into art, and has shown, in the process, that, through art, the trickster, otherwise dangerous, turns ally, if not savior. Basilio finds himself caught in a typical triangular love situation”; de modo que “lo que llama la atención del truco es la eficacia de la sangre como agente convincente. No creo que nadie se haya detenido a analizar si el truco se puede hacer o no. Al público le interesa la figura de Basilio sangrando en el suelo. [...] Lo más importante es que el escritor consiga su efecto, de golpe, que es convencer a todo el mundo que Basilio se ha suicidado. El engaño a los ojos aquí es muy funcional (Ricapito 770). Véanse también Zimic 1972; Vivar 2002.

¹⁵ “Basilio y Quiteria triunfan porque se quieren entrañablemente. [...] No debiera jamás nadie vedar ni dificultar una relación amorosa tan naturalmente armónica y bella, nos dice Cervantes. [...] El ‘engaño’ de Basilio es tan significativo por tener que emprenderse, de hecho, contra la institución social, económica y religiosa, en defensa de intrínsecos ‘derechos’ naturales, cívicos, religiosos, individuales. ¡El ‘engaño’ como único, último, desesperado recurso para salvar el amor, la felicidad, la integridad personal [...]! La implicación es estremecedora, [...] Don Quijote sale en defensa del amor y de la vida contra los monstruosos poderes que los amenazan. [...] Tal lucha no se puede emprender sin ‘corazón’ ni sin ‘ingenio’” (Zimic 1996 51-53).

—¡A la barba de las habilidades de Basilio!, que tanto vales cuanto tienes, y tanto tienes cuanto vales. Dos linajes solos hay en el mundo, como decía una agüela mía, que son el tener y el no tener, aunque ella al del tener se atenía; y el día de hoy, mi señor don Quijote, antes se toma el pulso al haber que al saber: un asno cubierto de oro parece mejor que un caballo enalbardado. Así que vuelvo a decir que a Camacho me atengo, de cuyas ollas son abundantes espumas gansos y gallinas, liebres y conejos; y de las de Basilio serán, si viene a mano, y aunque no venga sino al pie, aguachirle. (II, 20)

El matrimonio como recuperación del amor subyugado por el “linaje del tener” es, en cambio, defendido por don Quijote, que, como en tantos otros momentos “de reflexión” —al decir de Close— de esta Segunda parte, opta por la solución más sensata e ingeniosa y defiende la capacidad humana de alcanzar objetivos con audacia, inteligencia y tenacidad.

El joven que va a la guerra

Análogamente, la guerra o la milicia, como alternativa, por necesidad, a la caballería andante, ocupará el siguiente episodio “de transición” después del trascendental descenso a la cueva de Montesinos y el consecuente desengaño. Don Quijote sentirá sincera admiración por la resolución del joven recluta, que va a la guerra (II, 24), representante de la multitud de menesterosos (comúnmente llamados con el italianismo “bisoños”)¹⁶ que salían de los pueblos de Castilla para reforzar los tercios, desanimados y diezmados por las constantes pérdidas humanas,¹⁷ que tan bien pintó Diego Núñez de Alba en sus *Diálogos de la vida del soldado*. Le aprecia porque es un digno representante de la milicia más humilde, la de los infantes. Don Quijote le invita a subir al caballo (nunca antes lo había hecho con nadie) como hizo Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, camino de Cerignola, que rogó a sus caballeros que subiesen a un soldado a la grupa, dando él mismo ejemplo al acomodar en la suya a un lansquenete (Giovio 111); análogo proceder se dará en el Garigliano (Pérez del Pulgar 105) y en otras campañas posteriores.¹⁸ Y como destacan una y otra vez los cronistas y tratadistas, el honor que alcanzan los infantes por su valentía favorece su rápido “anoblissement”:

En el hombre no se mira tanto la nobleza suya y alto nacimiento como la natural virtud que en él se puede hallar, y que esta virtud no es cosa que se pueda ganar

¹⁶ “Uno spettacolo tra disgustoso, pauroso e triste offriva l’arrivo delle truppe dalla Spagna, di quei soldati di nuovo arruolamento che si dicevano *los bisoños* e gl’italiani chiamavano i ‘bisogni’, unendovi il pensiero che era gente bisegnevole di tutto. Il Bandello vi allude sprezzantemente come ‘a quei spagnuoli plebei che chiamano bisogni, che vengono in Italia con le scarpe dei corda [*Novelle*, IV, xx, 917], da poveri contadini quali erano, strappati alla marra” (Croce 225).

¹⁷ “Fue hacia 1598, al subir al trono Felipe III, cuando se empezó a sospechar que solamente el dinero podría sostener el entusiasmo y la calidad de unos soldados que durante esa centuria habían vencido tanto en la abundancia como en la penuria” (Borreguero 451). Para la movilización, véase Parker 61-87; en general, Albi 14-16 y Quatrefages.

¹⁸ “En el plano estrictamente militar, la relación particular de los infantes españoles con los caballeros pone de manifiesto la movilidad y adecuación de estos combatientes, pero reviste además una importancia aún mayor para la historia social”; se aprecia una forma de “promoción social implícita en la iniciativa del capitán andaluz, pero más notable todavía, si se tiene en cuenta que el caballero aristocrático se formaba desde su primera infancia en las difíciles artes marciales propias de su condición, resulta el hecho de que los infantes plebeyos, apenas se montan al caballo, son capaces de hacer frente a la temible *gendarmérie* francesa, asestando un durísimo golpe al orgullo de quien era caballero por derecho de nacimiento” (Puddu 72-73).

de los pasados como la nobleza; antes se gana con hacer tan señaladas cosas de sus personas que verdaderamente puedan ser loadas, no por ser nobles por nobleza ganadas de sus pasados, sino por nobleza ganada por su propia virtud, fortaleza, ánimo y corazón. (Pérez de Pulgar 48)

Don Quijote también se solidariza con el infante porque él mismo, además, es uno de aquellos “hidalgos pobres” que el citado Núñez de Alba trae como ejemplos, que fueron, “hélas!”, de virtud militar, de civismo y pundonor. Lo fueron cuando había “ventajas” (‘prebendas, sobresueldos’, pero también ‘reconocimiento honorífico’ y ‘categoría militar’),¹⁹ honrosamente ganadas:

Cuando el Rey daba pagas ventajadas a los buenos, muchos hidalgos pobres, que en sus tierras no podía sustentar la calidad de sus pasados, por no ver delante de sí a otros no tales como ellos, la venían a sustentar a la guerra. Éstos sembraban en el campo tanta virtud, que los que de su condición no eran como ellos, por competir con ellos procuraban parecerles, y movidos todos de una emulación virtuosa, los unos a porfía de los otros, cada día obraban más virtuosamente. (Núñez de Alba 7)

Todos los capitanes procuraban alistar un buen número de caballeros, los “particulares”, que servirían en su compañía como soldados rasos y ofrecían “ventajas” a cuantos accediesen a ello. La mayoría de jefes militares concedían la máxima importancia a estos caballeros que se enrolaban en sus filas. El duque de Alba, por ejemplo, estaba encantado con este tipo voluntarios en la infantería española que condujo a los Países Bajos en 1567, porque

gente de esta cualidad es la que da la victoria en las facciones y con la que el general pone en la gente la disciplina que conviene, y en nuestra nación ninguna cosa importa tanto como introducir caballeros y gente de bien en la infantería y no dejalla toda en poder de labradores y lacayos, [...] gente de esta cualidad es la que da la victoria en las facciones. (Álvarez de Toledo I, 526)

Hidalgos como Alonso Quijano, mezclados con “labradores y lacayos”, les irían pintiparados para tal fin: es exactamente la situación que nos describe Cervantes en este capítulo. Máxime porque el servicio voluntario en la infantería fue muy apetecido por la pequeña nobleza española, porque muchos hidalgos procuraban alcanzar un puesto de mando, y su presencia, como señala el duque de Alba, contribuía a mantener la moral y la disciplina de la tropa, además de frenar la posible insubordinación.²⁰ En aquella edad de oro de las “ventajas”,

vieras tratar los soldados unos con otros con tanta crianza, con tanto comedimiento, [...] que era la milicia una corte disfrazada. [...] Pudiérase

¹⁹ Señala Pellicer en su edición del *Quijote* (II, 24, n. 11, 438,) que la ventaja era “el sueldo o pensión que, además del pre, se daba al soldado de algunas circunstancias y distinción en la milicia de aquel tiempo en que no había cadetes y se llamaban soldados aventajados”. Quatrefages 180-183 distingue tres tipos de ventajas: la inherente a la función (coselete, arcabucero, mosquetero, tambor...), la ordinaria (una “prima de antigüedad adjudicada a la unidad y no a la persona”) y el tercer tipo, que era “una simple recompensa por buenos y leales servicios” y era particular. Véanse Parker 77-80 y Thompson 16-17.

²⁰ Esta “nueva praxis militar hacía preciso el re-ennoblecimiento de la milicia, [...] tanto por su profesionalización como por su estamentalización” (Thompson 18).

entonces con propio nombre llamar el campo una ciudad, porque no podía una república ser más bien concertada (Núñez de Alba 8).

Aquel concierto militar se vino abajo cuando “comenzáronse algunos criados de señores a aprovechar de letras mensajeras y las ventajas que el Rey pagaba”, de modo que ya no se iba a la guerra para “ganar honra en ella, sino para recoger algún dinero con que volverse a sus casas” (Núñez de Alba 8).²¹ Las “ventajas” que tenían los hidalgos “andantes” las pasaron a tener los cortesanos, soldados ventajistas (nunca mejor dicho) más que “aventajados”. Como aquellos “criados de señores” puestos a soldados ganaban dinero con poco esfuerzo y muchas veces a resguardo, estos hidalgos “comenzaron a apocar el campo, porque vivían conforme a su desiño, y como el interés sea tan codicioso, hallaron muchos que los imitasen”; hasta tal punto, “que quitó en esto el Rey las ventajas y comenzaron a pasar barcadas de España de mozos de espuelas y de caballos, y oficiales y pastores, y cada uno vive conforme a su condición” (Núñez de Alba 9).

En una de esas “barcadas” irá el “bisoño” de II, 24, justamente afanoso de buscar la recompensa, no la ilícita avidéz de riquezas. Un afán que defiende una y otra vez Núñez de Alba, porque está convencido de que la decadencia de la milicia se debe especialmente a la desaparición de la costumbre de premiar las acciones valerosas, a que no se conceden “ventajas” a los buenos soldados o a los hidalgos, definitivamente empobrecidos. Los serviles “criados de señores” han suplantado a la verdadera nobleza, humillando a los soldados y a los “hidalgos pobres”, en vez de tratarlos como miembros de pleno derecho de la misma corporación.

Núñez de Alba contrapone, por lo mismo, el mundo de los soldados, la milicia efectiva, y el de los funcionarios de la administración militar. La irritación de Milicio está justificada:

MILICIO. ¿No quieres que me apasione? Que, habiendo venido sin necesidad de tan poco interés, por me aumentar en nobleza, a la guerra, no pagando pecho en mi tierra, lo pagase yo y todos los otros soldados sobre cuanto comíamos en el campo, y que los que son la causa dello demanden al Rey mercedes, sobre haberse enriquecido en nuestro perjuicio. (26)

Conforme avanza el diálogo, aparecen tres caminantes y, curiosamente, el oficial de infantería, el de más alta graduación, y también el más noble y virtuoso, es el único que recorre a pie el largo camino hasta Alemania, mientras que un inmoral barrachel y un funcionario cobarde van con sus respectivos caballos.

El interlocutor de Milicio es el bisoño Cliterio; muy parecido al que perfila Cervantes en II, 24 como ejemplo del servicio a la república o al rey, como forma de promoción social y de alcanzar la “nobleza política”, que ya se plantea en la Primera parte (I, 39), cuando el cautivo afirma que “iglesia o mar o casa real” (o sea, la carrera eclesiástica, el ejército o la navegación y el alto funcionariado) son los oficios más codiciados en el Siglo de Oro y los únicos que la opinión pública consideraba dignos, al no implicar ninguno de ellos el reconocimiento de otra autoridad que no fuera Dios o el Rey,²² como ya explicitó antifrásicamente en *La Gitanilla* por boca de un gitano: “En

²¹ “A medida que los grandes y pequeños nobles se trasladaban a la Corte, eran seguidos por miles de personas que ocupaban o aspiraban a ocupar un lugar a su servicio” (cfr. Elliott 342). De la relación entre las armas y el dinero se ocupa Moner 78-79.

²² Don Antonio Domínguez Ortiz CV, señala que eran los medios de ascenso social para “los que no tenían dinero para comprar señoríos o altos cargos”; matiza, con todo, el segundo término: “mar es ambiguo: lo mismo puede indicar la alta mercadería..., como a los armadores de buques, mercantes o de guerra y a los

conclusión, somos gente que vivimos por nuestra boca y pico, y sin entremeternos con el antiguo refrán: ‘Iglesia o mar o casa real’” (73). Con todo, los oficios estatales se anteponen siempre a la condición eclesiástica y a los viajes y al comercio con ultramar; mientras que el servicio armado del rey goza de un prestigio muy superior al que se adquiere en las filas de la burocracia; por eso cree el potencial soldado leonés que “más vale migaja de rey que merced de señor” (I, 39); semejantes razones aduce el paje en el *Quijote*, II, 24 (véase abajo). Por eso mismo la milicia permite alcanzar distinción incluso al más humilde de los plebeyos, pues por medio de las armas “pueden hacerse también famosos hombres de oscuro linaje” (*Las dos doncellas*).

El mismo Cervantes, veterano de Lepanto y soldado “aventajado” desde 1572 (Cuenca 211), se hacía eco de aquella convicción de que las armas ennoblecen, y viceversa, que la nobleza debía formar parte de la milicia, porque una de las “excelencias de España [al decir de López Madera] era, sin duda, su nobleza, dedicada desde tiempo inmemorial al servicio público con la espada en la mano”; entre otras causas, porque “los pilares de la monarquía estaban anclados en la fuerza militar” y “la nobleza española encontraba su razón de ser en la dedicación a las armas”.²³ Era una creencia que ocupaba un lugar de primera importancia en el ideario español de aquellos años: basta ver, además de López Madera, también los libros de López de Montoya, García de Palacio, Urrea, Eguiluz, Isaba, Lechuga, Funes, Verdugo o Londoño, entre muchos otros.

La virtud del soldado

Todos los tratadistas coinciden, no obstante, en que ningún soldado se enriquece,²⁴ a diferencia de los letrados, que han fundado mayorazgos, a pesar de la pobreza inicial, como apunta don Quijote:

—Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando a caer acá, llegan [los estudiantes] al grado que desean; el cual alcanzado, a muchos hemos visto que, habiendo pasado por estas Sirtes y por estas Scilas y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frío en refrigerio, su desnudez en galas y su dormir en una estera en reposar en holandas y damascos, premio justamente merecido de su virtud. (*DQ* I, 37)

Algunas gestas militares, por el contrario, caerán en el olvido, ahogadas en los papeles de los letrados, numerosísimos, que han sustituido ignominiosamente a los caballeros y a los “hidalgos pobres” con aspiraciones de serlo:

Según lo que corre de tiempo, con más facilidad se podrá andar de capa estudiando bien en los colegios que peleando mucho en las batallas, porque verdaderamente

altos cargos de las flotas y galeones”, sin excluir a “muchos marinos cántabros y vascos que se enriquecieron con la arriesgada profesión del corso marítimo, admitida y regulada por las leyes”.

²³ Carrasco 14-16. Por lo mismo, “no se puede desligar el fracaso militar de España en el siglo XVII del de la nobleza como recurso militar. Este fracaso suponía el del intento aristocrático de estamentalizar la milicia y de transformarla en instrumento de sus intereses políticos y económicos” (Thompson 34).

²⁴ Téngase también en cuenta que la generosidad, incluso la prodigalidad, es la característica del soldado: “la condición de ser liberal y gastador le procedió de haber sido soldado los años de su juventud, que es escuela la soldadesca donde el mezquino se hace franco, y el franco, pródigo, y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se ven raras veces” (*DQ*, I, 39).

como dicen que hubo una era de oro y otra de plata, la que agora tenemos es de letras. (Castilla y Aguayo 35r)

Pero, claro, “contrapuestos y comparados sus trabajos con los del mílite guerrero, se quedan muy atrás en todo” (*DQ* I, 37), porque

¿cuán menos son los premiados por la guerra que los que han perecido en ella? [...] Todo esto es al revés en los letrados, porque de faldas (que no quiero decir de mangas) todos tienen en qué entretenerse. Así que, aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. [...] Alcanzar alguno a ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigiliadas, hambre, desnudez, váguidos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas a éstas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos a ser buen soldado le cuesta todo lo que a el estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparación, porque a cada paso está a pique de perder la vida. Y ¿qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado. (*DQ* I, 38)

Consciente, con todo, de que, “ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama”, está igualmente determinado a “seguir el ejercicio de las armas, sirviendo en él a Dios y a mi Rey” (*DQ* I, 39).

Por ese servicio —y con todas las salvedades “profesionales” que se quieran—, los buenos soldados podrán “venir por los oficios y cargos tan adelante, que puedan en sí mismos tener satisfacción” (Lechuga 17), de modo que “les ha de quedar como carta de hidalguía”.²⁵ La rapidez con que se pasa de la condición de privado a la de capitán, así como la oportunidad que se brinda a los plebeyos de mejorar su suerte, también la pondera con entusiasmo Eguiluz.²⁶ Pero éste y todos se negaban a la implantación en el ejército de las jerarquías nobiliarias de la vida civil. Porque la vocación militar, como la del monje o la del caballero andante, debía ser austera y absoluta:

Atrévome a decir que yo quería al capitán pobre de hacienda. [...] Si es rico, estima en poco la compañía, teniéndola como por desdén y burla; [...] [si es] pobre de hacienda y adornado de virtud, tendrá en mucho su oficio, [...] deseando acertar en lo que hubiere de servir, procurando pasar adelante. (Isaba 66-67)

Con la temprana referencia de la austeridad,²⁷ Cervantes, como Isaba, cree que la regla del guerrero es tan rígida como la del cartujo, pero mucho más necesario al mundo su servicio. Tanto es así, que los soldados no se van a enriquecer, sino a promocionarse socialmente, a alcanzar la nobleza política.

A tal propósito, Isaba recomienda que el capitán arengue a sus soldados, recién reclutados,

²⁵ Isaba 81. Sobre la obtención de dichas cartas, Pérez 11-22.

²⁶ “Está bien claro cuán principal cargo y de cuánta autoridad es ser capitán de infantería española, en servicio de la Majestad del Rey nuestro señor, y cuánto se debe de trabajar por alcanzarlo a ser, por gozar de tan honroso cargo” (Eguiluz 15).

²⁷ Vivaldo se burla de don Quijote indicando que la profesión de caballero andante es “una de las más estrechas que hay en la tierra, y tengo para mí que aun la de los frailes cartujos no es tan estrecha. —Tan estrecha bien podía ser —respondió don Quijote—, pero tan necesaria al mundo no estoy en dos dedos de ponello en duda” (*DQ*, I, 13).

significándoles el honroso y valeroso oficio que han profesado, y que el valor y la virtud de cada uno de allí en adelante será lo que les ha de aprovechar para tener honra y ser estimados, [...] y si respondieren con el servicio de Dios y Su Majestad, [...] los tendrá por muy buenos caballeros y hidalgos muy limpios, aunque en España no lo sean, porque ellos hacen comienzo y principio. (Isaba 84)

O sea, serán “comienzo y principio” de un nuevo linaje, de una nueva hidalguía, si sirve al Rey, a la República. Está pensando, obviamente, en las campañas militares, no en los caballeros cortesanos,²⁸ tan censurados por don Quijote:

no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ni deben ser caballeros andantes, [...] va mucha diferencia de los unos a los otros, porque los cortesanos, sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la corte, se pasean por todo el mundo mirando un mapa, sin costarles blanca, ni padecer calor ni frío, hambre ni sed. (*DQ* II, 6)

Los protegió Felipe III para tener ocupada a la nobleza ociosa,²⁹ como recuerda Cervantes al principio de la Segunda parte:

Los más de los caballeros que agora se usan, antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman; ya no hay caballero que duerma en los campos, sujeto al rigor del cielo, armado con todas las armas desde los pies a la cabeza. (II, 1)

Más abajo insiste, en ocasión de hablar con don Diego Miranda y de volver a contrastar las profesiones de cortesano y soldado (o caballero andante), ahora poniendo de relieve la vacuidad de los pasatiempos, pobres remedos de la vida militar:

Bien parece un gallardo caballero a los ojos de su rey, en la mitad de una gran plaza, dar una lanzada con felice suceso a un bravo toro; bien parece un caballero armado de resplandecientes armas pasar la tela en alegres justas delante de las damas, y bien parecen todos aquellos caballeros que en ejercicios militares, o que lo parezcan, entretienen y alegran y, si se puede decir, honran las cortes de sus príncipes; pero sobre todos éstos parece mejor un caballero andante que por los desiertos, por las soledades, por las encrucijadas, por las selvas y por los montes anda buscando peligrosas aventuras, con intención de darles dichosa y bien afortunada cima. (*DQ* II, 17)

La polémica contra la corte es constante entre los tratadistas de la milicia, atacándola con vehemencia López de Montoya, que rechaza la enseñanza de las “cerimonias para el ornato exterior” (89), incluida la del teatro y la música (37 y 83). Isaba, por su parte, critica a los jóvenes nobles que pierden “el tiempo en interminables discusiones sobre genealogías, linajes y parentelas aristocráticas” (140), alentándoles a la cruzada y a la fidelidad, al auténtico espíritu caballeresco, para que se pongan “en camino” y pongan “su persona en peligro y trabajos, gastando su hacienda [...] como los preceos y órdenes y ley de caballería manda” (151). Urrea, por la suya, se duele de aquellos

²⁸ Cfr. Close 1990.

²⁹ Cfr. Ettinghausen y Cátedra 93-117.

antiguos y buenos soldados [los cuales] por la virtud entraban a la honra, y no con puntillos y niñerías, como hacen hoy los más, [...] ni fundaban su felicidad en decir a uno vos y a otro vuestra merced, ni en sí hacían continencia o reverencia [...] para recibir un caballero que los viniese a visitar [...] o si les mostrarían el gesto dulce o grave, y si aquél les había de hablar cubierto o descubierto. Todo esto despreciaron los príncipes antiguos. (Jiménez de Urrea 8)

Semejante parecer muestra Cervantes sobre la costumbre cortesana de polemizar sobre el grado de nobleza de los linajes (II, 43), o sobre la manía de los títulos y la ridícula proliferación del “don” (II, 45).

La determinación del bisoño

Del servicio de uno de estos caballeros cortesanos parece salir el “bisoño” que va a la guerra (*DQ* II, 24). Pero lejos de resignarse, su proceder recuerda al de los potenciales soldados arengados por los teóricos; se parece, como señalaba arriba, al Cliterio de los *Diálogos de la vida de soldado*, de Núñez de Alba:

CLITERIO ¿No es la guerra toque de la fortaleza, donde los más valerosos más medran? [...]

MILICIO Esta pasada jornada los mejores y que más han cumplido con lo que debían han andado tan rotos y se han quedado tan pobres, sólo con el trabajo y honra de haber bien servido sus banderas, y los más ruines vienen más ricos [...] De ahí a tres días viera anteponerse algunos éstos en privanza y alojamiento, y aun en las pagas, a otros, que por cumplir con lo que eran obligados y no apartarse de sus banderas se les pasaba algunas veces el día sin comer dos bocados [...] ¿Desto te maravillas? Y aun como ello verás, si en el hábito en que te veo por algún tiempo perseveras.

CLITERIO ¿No quieres que persevere?, que he oído que, si la razón, la crianza y la caridad se perdiesen, se hallarían entre soldados. Allende desto, me parece la vida más libre y más altiva que hay en el mundo, y ya tú sabes que la libertad es al hombre propia. (5-7)

Con tanta determinación anda el “mancebo” del *Quijote*, que no se inmuta al cruzarse con don Quijote, Sancho y el primo, sino que sigue “cantando seguidillas, para entretener el trabajo del camino”:

A la guerra me lleva
mi necesidad,
si tuviera dineros,
no fuera, en verdad.

Precisamente ese anhelo de alistarse y el desinterés del paje por el grupo es uno de los rasgos más singulares del episodio, pues no reacciona de ningún modo ante la figura del caballero: ni se admira ni se apiada ni muestra interés ni se ríe de él; se limita a seguir su camino. Ni don Quijote, a su vez, fantasea sobre su condición ni le trata como si fuera un personaje novelesco, sino directamente extraído de la “verdad de la historia”:

El primero que le habló fue don Quijote, diciéndole:

—Muy a la ligera camina vuesa merced, señor galán. Y ¿adónde bueno?, sepamos, si es que gusta decirlo. A lo que el mozo respondió:

—El caminar tan a la ligera lo causa el calor y la pobreza, y el adónde voy es a la guerra.

—¿Cómo la pobreza? —preguntó don Quijote— Que por el calor bien puede ser.

—Señor —replicó el mancebo—, yo llevo en este envoltorio unos greguescos de terciopelo, compañeros de esta ropilla: si los gasto en el camino, no me podré honrar con ellos en la ciudad, y no tengo con que comprar otros; y así por esto como por orearme voy desta manera hasta alcanzar unas compañías de infantería que no están doce leguas de aquí, donde asentaré mi plaza. [...] Y más quiero tener por amo y por señor al rey, y servirle en la guerra, que no a un pelón en la corte.

—¿Y lleva vuesa merced alguna ventaja por ventura? —preguntó el primo.

—Si yo hubiera servido a algún grande de España o algún principal personaje —respondió el mozo—, a buen seguro que yo la llevara; [...] pero yo, desventurado, serví siempre a catarriberas y a gente advenediza, [...] y sería tenido a milagro que un paje aventurero alcanzase alguna siquiera razonable ventura. (II, 24)

No lleva ninguna “ventaja”, como tampoco la tiene su interlocutor, un “hidalgo pobre” de los de Núñez de Alba, que, como hemos visto, nos recuerda por boca de Milicio que ya no se dan o las acaparan los caballeros cortesanos o los “criados” a los que mueve únicamente el interés.

Esa falta de ventajas acomuna al potencial soldado y a don Quijote, que parecen compartir la misma incertidumbre sobre su futuro.³⁰ Éste acaba de sufrir el decepcionante descenso a la cueva de Montesinos y de oír cómo Durandarte, desengañándolo, le confirma la inutilidad de la caballería; aquél no ha encontrado ningún señor digno ni tiene ninguna “ventaja”; por eso se quiere alistar:

—Y dígame por su vida, amigo —preguntó don Quijote—, ¿es posible que en los años que sirvió no ha podido alcanzar alguna librea?

—Dos me han dado —respondió el paje—, pero así como el que se sale de alguna religión antes de profesar le quitan el hábito y le vuelven sus vestidos, así me volvían a mí los míos mis amos, que, acabados los negocios a que venían a la corte, se volvían a sus casas y recogían las libreas que por sola ostentación habían dado.

—Notable espilorchería, como dice el italiano —dijo don Quijote—. Pero, con todo eso, tenga a felice ventura el haber salido de la corte con tan buena intención como lleva, porque no hay otra cosa en la tierra más honrada ni de más provecho que servir a Dios, primeramente, y luego a su rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanzan, si no más riquezas, a lo menos más honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces; que puesto que han fundado más mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué los de las armas a los de las letras, con un sí sé qué de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja a todos. (II, 24)

³⁰ Tanto es así, que Fernández 97-98 cree que el paje es un homenaje que se hace Cervantes a sí mismo, evocando en él su propia juventud; lo remata indicando que es el único pasaje en que don Quijote adopta “una postura de un realismo abrumador”, como si reconociese la severa necesidad y angustia que embarga al joven.

El paje, *velit nolit*, ha comparado su pasado con el de un religioso sin hábito o con hábito prestado; su futuro de soldado también lo imagina *more* religioso, al igual que don Quijote. Éste, lejos de alentarle o ilusionarle con el aliciente del servicio al Rey como germen de nobleza, le habla con una franqueza teñida de estoicismo, con una solidaridad de compañero de infortunios, con un pragmatismo y una experiencia que en esta ocasión se sobrepone a las lecturas. Le habla desde la “verdad de la historia”, o sea, desde la realidad de la milicia, no desde la fantasía de la caballería:

Y esto que ahora le quiero decir llévelo en la memoria, que le será de mucho provecho y alivio en sus trabajos: y es que aparte la imaginación de los sucesos adversos que le podrán venir, que el peor de todos es la muerte, y como ésta sea buena, el mejor de todos es el morir. [...] Que puesto caso que os maten en la primera facción y refriega, [...] ¿qué importa? Todo es morir, y acabose la obra;³¹ y según Terencio más bien parece el soldado muerto en la batalla que vivo y salvo en la huida. [...] Y por ahora no os quiero decir más, sino que subáis a las ancas deste mi caballo hasta la venta, y allí cenaréis conmigo, y por la mañana seguiréis el camino, que os le dé Dios tan bueno como vuestros deseos merecen. (II, 24)

Evidentemente, don Quijote se identifica en seguida con el soldado, pues reconoce en él el germen de una vocación común y apela, tácitamente, a una fraternidad de armas, que antepone la identidad de las funciones a las diferencias de clase, porque, además, en la práctica, los hidalgos o “particulares” también servían como soldados rasos, con la eventual ventaja. Le recuerda, por otra parte, la virtud que comporta la milicia y le pone especialmente sobre aviso de las penalidades de la vida del soldado. El paje no ha aludido especialmente a aquella virtud militar, como apuntaban los teóricos citados, pues presenta su servicio al Rey como oficio alternativo, aunque conscientemente asumido. Como lo fue, por ejemplo, para el licenciado Rueda, antes llamado Vidriera, a punto de abandonar la corte, donde no ha podido triunfar en su terreno, las letras, ya por su demencia, ya, más probablemente, por su origen humilde:

Perdía mucho y no ganaba cosa, y viéndose morir de hambre, determinó de dejar la corte y volverse a Flandes, donde pensaba valerse de las fuerzas de su brazo pues no se podía valer de las de su ingenio. Y poniéndolo en efeto, dijo al salir de la corte:

—¡Oh corte, que alargas las esperanzas de los atrevidos pretendientes y acortas las de los virtuosos escogidos! ¡Sustentas abundantemente a los truhanes desvergonzados y matas de hambre a los discretos vergonzosos!

Esto dijo, y se fue a Flandes, donde la vida que había comenzado a eternizar por las letras la acabó de eternizar por las armas, en compañía de su buen amigo el capitán Valdivia, dejando fama, en su muerte, de prudente y valentísimo soldado. (*El licenciado Vidriera*, 300-301)

El soldado y el ermitaño

Porque en la licitud del ascenso social —a veces, mero arribismo— de los militares, presentado como servicio al Rey, se sustancia, pues, el otro gran motivo del

³¹ Layna 64-65 señala que en 1615 el tiempo apremiaba para Cervantes, viejo y en pleno *sprint* por hacer del libro un aliado extremo de la muerte. Y sabía que ese punto y final coincide con el halito supremo. Don Quijote lo había dicho muy claramente: ‘todo es morir, y acabose la obra’.

capítulo: el desencuentro del futuro soldado itinerante y del ausente ermitaño, a pesar de la larga y fructífera tradición del diálogo entre estos dos arquetipos o estamentos y de que —como hemos visto con Isaba— les asimila su vocación absoluta, su estricta observancia de las reglas respectivas y su austeridad vital.³² Pero el joven que quiere servir al Rey (así lo interpreta don Quijote lúcido y realista) no se comporta como el soldado bravucón de los diálogos al uso. El problema es si podrá servir y se le premiará debidamente con una “ventaja”, como se malicia el veterano Milicio, en el diálogo de Núñez de Alba, que no duda en adoptar el rol del ermitaño para desengañar al bisoño Cliterio:

CLITERIO. Muero con deseo de ver extrañas regiones, por saber nuevas cosas.

MILICIO. ¿Qué novedades piensas hallar? ¿Nunca oíste que todo el mundo es como casa tuya? [...] Toda la tierra es un llano, un valle y una cuesta, un río, una fuente, un lago y un arroyo, una ciudad, una villa, un casar y una choza. ¿Todo esto no lo veías en tu tierra? [...] En todas partes anochece y amanece, y en todas vemos las estrellas y cielos. Pues cuanto toca al saber, más sabrás en un día que te recojas en tu cámara leyendo que en un año que gastes por el mundo peregrinando. (22-23)

En el episodio del *Quijote*, es muy posible que Cervantes reescribiese el capítulo suprimiendo el más que probable encuentro entre el soldado en ciernes y el ermitaño acomodado, como muestra el impostado y zigzagueante recorrido de los personajes de la ermita a la venta, y de la venta a la ermita, para acabar yendo a la venta con un pretexto nimio:

—No lejos de aquí —respondió el primo— está una *ermita*, donde hace su habitación un ermitaño que dicen ha sido soldado y está en opinión de ser un buen cristiano, y muy discreto, y caritativo además. [...]

Hízose así, subieron a caballo y siguieron todos tres el derecho camino de la *venta*, a la cual llegaron un poco antes de anoecer. Dijo el primo a don Quijote que llegasen a ella, a beber un trago. Apenas oyó esto Sancho Panza, cuando encaminó el rucio a la *ermita*, y lo mismo hicieron don Quijote y el primo; pero la mala suerte de Sancho parece que ordenó que el ermitaño no estuviese en casa, que así se lo dijo una sotaermitaño que en la ermita hallaron. [...]

Con esto dejaron la ermita y picaron hacia la *venta*, y a poco trecho toparon un mancebito que delante dellos iba caminando no con mucha priesa, y, así, le alcanzaron. (II, 24, cursiva mía)

La absurda peripecia nos hace suponer que un diálogo entre el soldado y el ermitaño pudo haber estado formando parte, momentánea o provisionalmente, del relato y que Cervantes lo hubiese quitado a última hora, dejando huérfana de contexto la figura del soldado.

Lo hubiese habido o no, constatamos, al menos, la inversión de roles al uso: el soldado cervantino es riguroso y reflexivo, quizá ansioso de alcanzar la “nobleza política” de que habla Castillo Bobadilla o la promoción social del infante que defiende una y otra vez Núñez de Alba. No es impensable que don Quijote viera en él el modelo de *miles* que desmintiese los tópicos; por eso hubiese resultado absurdo un encuentro y enfrentamiento dialéctico con el ermitaño: no hubiese tenido ya ningún sentido el hipotético diálogo

³² Véase el útil estudio de Menéndez Pidal 13-48. La perspectiva del letrado la estudian Lopes Frazao da Silva- Silveira Bejder.

polarizado con las *admonitiones* del ermitaño. Porque el paje del *Quijote* está mucho más cerca del Licenciado Rueda, forzosamente trasvasado a las armas, pues su falta de “ventajas” y de encaje social le fuerzan a “colgar” las letras y a alcanzar la nobleza política sirviendo al Rey. Lo mismo le ocurre a nuestro potencial soldado virtuoso, que, al final del capítulo, sale victorioso de su comparación con el ermitaño, al que, junto con don Quijote y Sancho, acabará dando esquinazo, como se lo da, en el anterior caso, Basilio a Camacho, aunque por distintas causas y con otro proceder.

Conclusión

En ambos jóvenes, Basilio y el soldado bisoño, don Quijote admira (con un pellizco de envidia, análoga a la que le tendrá a Roque Guinart en las puertas de Barcelona) su juventud, amor, ingenio y valores militares, y también su determinación, voluntad, falta de prejuicios, libertad, resolución, constancia, y capacidad de litigar, enfrentarse o polemizar, o sea, sus *virtutes*. Parece como si, en comparación con ellos, el hidalgo manchego no fuese capaz de amar como Basilio (aunque sea recurriendo al matrimonio) o de practicar la caballería (aunque sea recurriendo a la milicia, a la guerra) como el mancebo, y menos después de bajar a la cueva de Montesinos. Las de los dos jóvenes (y, en menor medida, las del resto de representantes de la juventud) son soluciones “in extremis” (ingeniosa la de Basilio; cuerda, pragmática y necesaria la del recluta) que don Quijote aplaude; precisamente él, que no ha sido amado ni se ha casado, no ha sido armado caballero realmente y no ha participado en ninguna guerra. Destaca en ellos la doble *militia: amoris* (para la que todas las armas valen) y *vitae* (sea por “mar, iglesia u oficio real”), con sendas *peregrinationes*. La del héroe cervantino, en cambio, es una *peregrinatio theatrorum*, porque va de escenario (el palacio de los duques) en escenario (los salones burgueses de Barcelona), previo paso por la naturaleza nada bucólica de las inmediaciones de Barcelona, con racimos de ahorcados y personajes históricos, o sea, testigos de la “verdad de la historia”. Y con un destino regido por otro joven: Sansón Carrasco, que le vencerá “sul lito molle / di Barcelona” (*Orlando furioso*, XXXI, 103, 5-6): una playa literaria en la que nunca llegaron a luchar en singular combate Rinaldo y Gradasso y que selló “verdaderamente” el periplo de don Quijote.

Obras citadas

- Albi de la Cuesta, Julio. *De Pavía a Rocroi. Los Tercios de Infantería Española en los Siglos XVI y XVII*. Madrid: Balkan, 1999.
- Álvarez de Toledo, Fernando, duque de Alba. *Epistolario del III duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo*. Madrid: Diana, 1952.
- Bandello, Matteo. Giuseppe Guido Ferrero ed. *Novelle*. Turín: UTET, 1974.
- Bataillon, Marcel. “Cervantès et le ‘mariage chrétien’”. *Bulletin Hispanique* 49 (1947): 129-144.
- Borreguero Beltrán, Cristina. “De la erosión a la extinción de los Tercios españoles”. Enrique García Hernán y Davide Maffi, eds. *Guerra y sociedad en la monarquía hispánica: política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*. 2 vols. Madrid: Laberinto-Fundación Mapfre-CSIC, 2006, I. 445-484.
- Bulgin, Kathleen. “‘Las bodas de Camacho’: The Case for *el Interés*”. *Cervantes* 3 (1983): 51-64.
- Canavaggio, Jean. “Don Quijote, vencedor del Caballero de los Espejos: el epílogo de un triunfo por escarnio”. En *Retornos a Cervantes*, Nueva York: IDEA, 2014. 199-203.
- Carrasco Martínez, Adolfo. “Guerra y virtud nobiliaria en el Barroco. Las Noblezas de la Monarquía Hispánica frente al fenómeno bélico (1598-1659)”. En Enrique García Hernán, Davide Maffi eds. *Guerra y sociedad en la monarquía hispánica: Política, Estrategia y Cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*. Madrid: CSIC: 2006, II. 135-162.
- Castilla y Aguayo, Juan de. *El perfecto regidor*, Salamanca: Cornelio Bonardo, 1586.
- Castillo de Bobadilla, Jerónimo. *Política para corregidores y señores de vasallos, en tiempos de paz y de guerra*. 2 vols. Madrid: Luis Sánchez, 1597.
- Cátedra, Pedro M. “Fiestas caballerescas en tiempos de Carlos V”. En *La fiesta en la Europa de Carlos V*. Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2000. 93-117.
- Cervantes, Miguel de. Francisco Rico dir. *Don Quijote de la Mancha*. Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores-CECE, 2004.
- . Juan Antonio Pellicer ed. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*. 5 vols. Madrid: Sancha, 1797-1798.
- . Jorge García López ed. *Novelas ejemplares*. Barcelona: Crítica, 2001.
- Close, Anthony J. “Algunas reflexiones sobre la sátira en Cervantes”. *Nueva Revista de Filología Hispánica* 38 (1990): 492-511.
- . *Cervantes y la mentalidad cómica de su tiempo*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2007.
- Croce, Benedetto. *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*. Bari: Laterza, 1917.
- Cuenca, Luis Alberto de. “Las armas y las letras”. En Joaquín Álvarez Barrientos, Óscar Cornago, Abraham Madroñal y Carmen Menéndez Onrubia eds. *En buena compañía. Estudios en honor de Luciano García Lorenzo*. Madrid: CSIC, 2009. 203-216.
- Domínguez Ortiz, Antonio. “La España del *Quijote*”. En Miguel de Cervantes. *Don Quijote de la Mancha* [2004]: XCV-CXIV.
- Eguiluz, Martín de. *Discurso y regla militar*. Amberes: Pedro Bellero, 1595.
- El Saffar, Ruth. “Basilio (Camacho’s Wedding)”. En *Beyond Fiction. The Recovery of the Feminine in the Novels of Cervantes*. Berkeley: University of California Press, 1984. 113-115.
- Elliott, John H. *La España imperial. 1496-1716*. Barcelona: Vicens-Vives, 1965.

- Ettinghausen, Henry. "De edad de oro a edad de hierro: cabreros, caballeros, cautivos y cortesanos en el *Quijote*". *Edad de Oro* 15 (1996): 25-39.
- Fernández, Jaime, S. J. "La admiración en el *Quijote* y el enigma del paje soldado". *Cervantes* 19 (1999): 96-112.
- Forcione, Alban K. "Cervantes en busca de una pastoral auténtica". *Nueva Revista de Filología Hispánica* 36 (1988): 1011-1043.
- Forradellas, Joaquín. "Don *Quijote* entre el libro y la historia". *Boletín de la Real Academia Española* 85 (2005): 273-294.
- Frenk, Margit. *Cuatro ensayos sobre el "Quijote"*. México: FCE, 2013.
- Giovio, Paolo. Lodovico Domenichi trad. *Le vite del Gran Capitano e del marchese de Pescara*. Bari: Laterza, 1931.
- Gómez, Jesús. "La *Conversación Discreta* de Damasio de Frías y los estudios sobre el arte de conversar". *Hispanic Review* 75 (2007): 95-112.
- Guazzo, Stefano. *La civil conversazione*. Brescia: Sabbio, 1574.
- Güntert, Georges. *Cervantes: Narrador de un mundo desintegrado*. Vigo: Academia del Hispanismo, 2007.
- Hatzfeld, Helmut. "The baroque of Cervantes and the baroque of Góngora. Exemplified by the motif 'las bodas'". *Anales Cervantinos* 3 (1953): 87-119.
- Iglesias Feijoo, Luis. "En torno al género novela en el Siglo de Oro". *Boletín de la Real Academia Española* 90 (2010): 241-252.
- Isaba, Marcos de. *Cuerpo enfermo de la milicia española*. Madrid: Guillermo Druy, 1594.
- Jiménez de Urrea, Jerónimo. *Diálogo de la verdadera honra militar, que trata cómo se ha de conformar la honra con la conciencia*. Zaragoza: Diego Dormer, 1642.
- Kagan, Richard L. *Students and Society in Early Modern Spain*. Baltimore: John Hopkins University Press, 1974.
- Lawrance, Jeremy N. H. "La autoridad de la letra: un aspecto de la lucha entre humanistas y escolásticos en la Castilla del siglo XV". *Atalaya* 2 (1991): 85-105.
- Layna Ranz, Francisco. "'Todo es morir, y acabose la obra'. Las muertes de don Quijote". *Cervantes* 30 (2010): 57-82.
- Lechuga, Cristóbal. *Discurso en que trata del cargo de maestro de campo general y de todo lo que de derecho le toca en el ejército*. Milán: Pandolfo Malatesta, 1603.
- Lerner, Isaías. "Don Quijote, 2ª parte: parodia e invención". *Nueva Revista de Filología Hispánica* 38 (1990): 817-836.
- Lopes Frazao da Silva, Andréia C., y Marta Silveira Bejder. "O poema *Elena e María* e os universitarios salmantinos". *Medievalia* 26 (1997): 17-25.
- López Grigera, Luisa. "Sobre el realismo literario del Siglo de Oro". En *La retórica en la España del Siglo de Oro*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1994. 133-139.
- López Madera, Gregorio. *Excelencias de la monarquía y reino de España*. Valladolid: Diego Fernández de Córdoba, 1597.
- López de Montoya, Pedro. *Libro de la buena educación y enseñanza de los nobles*. Madrid: Viuda de Pedro Madrigal, 1595.
- Luque Fajardo, Francisco de. Martín de Riquer ed. *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos*. 2 vols. Madrid: Real Academia Española, 1955.
- Martinengo, Alessandro. "La novella di Basilio e Quiteria (*Quijote*, II, [19], 20, 22) o el trionfo dell'espedito matrimoniale". *Critica del Testo* 9 (2006): 119-133.
- Menéndez Pidal, Ramón ed. *Elena y María*. En *Tres poetas primitivos*. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1948. 13-48.
- Moner, Michel. *Cervantes: Deux thèmes majeures (l'amour-les Armes et les Lettres)*. Toulouse : Université de Toulouse-Le Mirail, 1986.

- Núñez de Alba, Diego. *Diálogos de la vida de soldado*. Salamanca: Andrea de Portonaris, 1552.
- Parker, Geoffrey. *El Ejército de Flandes y el Camino Español 1567-1659*. Madrid: Revista de Occidente, 1976.
- Pérez, Joseph, "Reflexions sur l'hidalguía". J.-G. Gorges dir. *Hidalgos et hidalguía dans l'Espagne des XVIe-XVIIe siècles*. París: CNRS, 1989. 11-22.
- Pérez del Pulgar, Hernando. *Crónica llamada de las dos conquistas del reino de Nápoles... con los hechos y hazañas maravillosas que en paz y en guerra hizo el gran Capitán Gonzalo Hernández de Aguilar y de Córdoba*. Zaragoza: Agustín Millán, 1559.
- Puddu, Raffaele. *El soldado gentilhombre*. Barcelona: Argos-Vergara, 1984.
- Quatrefages, René. *Los tercios españoles. 1567-1577*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1979.
- Quondam, Amedeo. E. Torres Corominas ed. *El discurso cortesano*. Madrid: Polifemo, 2013.
- Ricapito, Joseph V. "Preguntas no contestadas: el caso de las bodas de Camacho". Christoph Strosetzki ed. *Visiones y revisiones cervantinas*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos 2011. 769-776.
- Rico, Francisco. *Il romanzo ovvero le cose della vita*. Turín: Aragno, 2012.
- Serés, Guillermo. "Uso y parodia de algunos recursos retóricos en el *Quijote*, II, 55". *Bulletin of Hispanic Studies* 77 (2000): 47-56.
- . "Lope y Cervantes ante la teoría y tradición del *romanzo*". Alain Bègue y Emma Herrán eds. *Pictavia aurea. Actas del IX Congreso de la AISO*. Toulouse: Universidad de Toulouse le Mirail, 2013. I, 79-109.
- Sinnigen, John. "Themes and Structure in the 'Bodas de Camacho'". *Modern Language Notes* 84 (1969): 157-170.
- Thompson, Irving Anthony A. "Consideraciones sobre el papel de la nobleza como recurso militar en la España moderna". En Antonio Jiménez Estrella y Francisco Andújar eds. *Los nervios de la guerra. Estudios sociales sobre el ejército de la monarquía hispánica (siglo XVI-XVIII): nuevas perspectivas*. Granada: Comares, 2007. 15-35.
- Vieira, Maria Augusta C. "Conversaciones de don Quijote". Emilio Martínez Mata ed. *Actas del VIII Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Oviedo: Universidad de Oviedo, 2015. 561-568.
- Vivar, Francisco. "Las bodas de Camacho y la sociedad del espectáculo". *Cervantes* 22 (2002): 83-109.
- . "Las bodas de Camacho y la sátira romana". *Anuario de Estudios Cervantinos* 2 (2005): 55-74.
- Wicks, Ulrich. "The Nature of Picaresque Narrative: A Modal Approach". *PMLA* 89 (1974): 240-249.
- Zimic, Stanislav. "El engaño a los ojos en las Bodas de Camacho". *Hispania* 5 (1972): 881-886.
- . "Amor y matrimonio en 'Las bodas de Camacho' (*Don Quijote*, II Parte, capítulos XIX, XX, XXI, XXII)". *Acta Neophilologica* 29 (1996): 35-53.